

Agatha
Christie[®]

A stylized illustration of a blue steam train crossing a blue bridge with multiple arches. The background is a warm orange and yellow gradient. In the foreground, a large, faceted red gemstone is visible, partially obscured by a white, crystalline or smoky texture.

**EL MISTERIO
DEL TREN
AZUL**

booket

Agatha Christie

El misterio del tren azul

Traducción de José Mallorquí Figuerola



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

The Mystery of the Blue Train Copyright © 1928 Agatha Christie Limited. Todos los derechos reservados.

The Poirot icon is a trademark, and AGATHA CHRISTIE, POIROT, the Agatha Christie Signature and the AC Monogram Logo are registered trademarks in the UK and elsewhere. All rights reserved.

www.agathachristie.com

Agatha Christie

Traducción de José Mallorquí Figuerola

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Espasa, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Publicado de acuerdo con Grupo Planeta Argentina S.A.I.C.

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: © David Sierra

Primera edición en Colección Booket: septiembre de 2025

Depósito legal: B. 13.310-2025

ISBN: 978-84-670-7851-0

Composición: Realización Planeta

Impreso en España

Capítulo 1

El hombre de los cabellos blancos

Era alrededor de medianoche cuando un hombre atravesaba la plaza de la Concordia. A pesar del magnífico abrigo que cubría su raquítico cuerpo, había en él algo ruin y miserable.

Era un hombrecillo con cara de rata, uno de esos tipos que parece imposible que puedan ocupar algún puesto importante en las altas esferas de la sociedad. Sin embargo, quien creyese tal cosa estaría totalmente equivocado, ya que aquel individuo de cuerpo escuálido y miserable aspecto representaba un importante papel en los destinos del mundo. En el imperio gobernado por las ratas, él era el rey.

En aquellos momentos, en una embajada aguardaban su regreso. Pero antes tenía otras cosas que hacer, aunque no de forma oficial. A la luz de la luna, su rostro aparecía blanco y afilado, y en él se destacaba su nariz ligeramente curvada. Su padre, un judío polaco, oficial de sastre, se habría mostrado muy satisfecho con el trabajo que aquella noche llevaba allí a su hijo.

Se dirigió al Sena, lo cruzó y avanzó por uno de los

barrios de peor reputación de París. Luego entró en una alta y ruinoso casa, y subió hasta una de las habitaciones situadas en el cuarto piso. Llamó con los nudillos a la puerta. Aún no se había extinguido el ruido de los golpes cuando le abrió una mujer que, sin duda, estaba esperándole. No le saludó, pero le ayudó a despojarse del abrigo. Después le guio a un saloncito amueblado con el más pésimo gusto. La luz, velada por una chillona pantalla de seda roja, suavizaba, pero no ocultaba, la pintura que cubría el rostro de la muchacha; como tampoco los trazos de su rostro. No cabía la menor duda de la profesión y nacionalidad de Olga Demiroff.

—¿Va todo bien, pequeña?

—Todo va perfectamente, Boris Ivanovitch.

El tal Boris Ivanovitch movió la cabeza murmurando:

—No creo que me hayan seguido.

Sin embargo, había cierto nerviosismo en sus palabras. Se dirigió hacia la ventana y, apartando con disimulo los visillos, miró hacia la calle. Lo que le hizo retroceder con rapidez.

—Hay dos hombres en la acera de enfrente. Miran hacia aquí...

Se detuvo y empezó a morderse las uñas, gesto habitual en él cuando le dominaba la ansiedad.

La muchacha rusa movió la cabeza lentamente y le dijo para tranquilizarle:

—Estaban aquí antes de que tú llegaras.

—De todas formas, me parece que vigilan la casa.

—Tal vez —respondió ella indiferente.

—Pero entonces...

—¿Y qué? Aunque ellos sepan, no será a ti precisamente a quien sigan.

En los labios del hombre apareció una cruel sonrisa.

—No —convino él—, eso es verdad.

Durante unos minutos, el ruso estuvo reflexionando y al fin dijo:

—Ese dichoso estadounidense ya se las compondrá como pueda.

—Hay que suponerlo.

Boris Ivanovitch se dirigió otra vez hacia la ventana.

—Son tenaces —murmuró con una sonrisa—. Supongo que son conocidos de la policía. Bien, bien, les deseo a los dos delincuentes una excelente caza.

Olga Demiroff movió dubitativamente la cabeza a la vez que decía:

—Si el estadounidense es el hombre que él dice ser, se necesitaría algo más que una pareja de cobardes delincuentes para someterlo. —Se detuvo un momento y luego siguió—: Me extraña...

—¿El qué?

—No creo que sea nada. Verás: esta noche ha pasado dos veces por esta calle un hombre de cabellos blancos.

—¿Y qué?

—Pues que, al pasar junto a esos dos tipos, ha dejado caer un guante. Uno de los hombres lo ha recogido y se lo ha devuelto. Un truco muy usado.

—Entonces ¿tú crees que ese individuo de los cabellos blancos está confabulado con ellos?

—Algo por el estilo.

El ruso pareció alarmarse.

—¿Estás segura de que el paquete está en un lugar seguro, que no lo han tocado? Se ha hablado mucho..., se ha hablado demasiado.

Se mordió de nuevo las uñas.

—Juzga por ti mismo.

La muchacha se dirigió hacia la chimenea y revolvió hábilmente los carbones. Del fondo, entre un montón de periódicos arrugados, sacó un paquetito de forma oblonga, envuelto en una mugrienta hoja de diario, y se lo tendió a Boris.

—Muy ingenioso —aprobó el ruso.

—Ya han registrado dos veces la habitación. Incluso han buscado dentro del colchón de mi cama.

—Sí, lo que he dicho antes —exclamó él—: se ha hablado demasiado. Ese regateo en el precio ha sido un error.

Mientras hablaba había desenvuelto el paquete, dentro del cual había un pequeño envoltorio hecho con papel de estraza. Lo abrió a su vez, miró el contenido y rápidamente lo envolvió de nuevo. Apenas acababa de hacerlo cuando sonó el timbre.

—Es puntual —dijo Olga, echando una mirada a su reloj.

Y salió de la habitación. Poco después entró seguida por un hombre alto, de anchos hombros. Su aguda mirada pasó de uno a otro.

—¿El señor Krassnine? —preguntó con amabilidad.

—Servidor —dijo Boris. Y añadió—: Le ruego que me perdone por lo impropio del lugar en que le he citado. Pero se imponía la mayor discreción. Por nada del mundo quisiera que se me supiese mezclado en este asunto.

—Está bien —dijo afable el estadounidense.

—Me ha dado usted su palabra de no divulgar ningún detalle de este asunto. Es una de las condiciones de... la venta.

El estadounidense asintió.

—Sí, eso ya quedó convenido —dijo con indiferencia—. Ahora supongo que me enseñará el objeto...

—¿Trae usted el dinero en billetes de banco?

—Sí —contestó el estadounidense. Sin embargo, no hizo el menor gesto para mostrarlo.

Tras un momento de duda, Krassnine le señaló el paquetito que estaba en la mesa.

El estadounidense lo cogió y desenvolvió el papel. Luego colocó el contenido bajo la luz de una linterna eléctrica y lo examinó con atención. Satisfecho, sacó de su bolsillo una abultada cartera de piel y extrajo de ella un voluminoso fajo de billetes que tendió al ruso, quien los contó cuidadosamente.

—¿Conforme?

—Sí, señor, conforme. Muchas gracias.

—Entonces —dijo el norteamericano, guardándose el pequeño envoltorio e inclinándose ante Olga—, buenas noches, mademoiselle; buenas noches, monsieur Krassnine.

Y salió cerrando tras de sí la puerta. Las miradas de los que quedaron en la habitación se encontraron. El hombre, pasándose la lengua por sus resecos labios, murmuró:

—¿Llegará a su hotel?

Con un mismo movimiento, ambos se dirigieron hacia la ventana y llegaron a tiempo de ver salir a la calle al hombre. Este se volvió hacia la izquierda y partió a grandes zancadas sin volver ni una vez la cabeza. Dos sombras salieron de un portal y le siguieron en silencio, perdiéndose en la noche perseguido y perseguidores. La mujer respondió:

—Llegaré a su destino felizmente, no tengas miedo... o esperanza.

—¿Por qué crees que llegará felizmente? —preguntó curioso Krassnine.

—Un hombre que ha ganado tanto dinero como él no debe de ser ningún loco —dijo Olga, y añadió—: A propósito de dinero...

Miró de manera significativa a Krassnine.

—¿Qué?

—Mi parte, Boris Ivanovitch.

Con cierto disgusto, Krassnine le tendió dos billetes de banco. La muchacha le dio las gracias sin la menor emoción y guardó de inmediato el dinero en una de sus medias.

—Muy bien —dijo satisfecha. Boris la miró con curiosidad.

—¿No sientes ningún pesar, Olga Vasilovna?

—¿Pesar? ¿Por qué?

—Porque han estado bajo tu custodia. Hay mujeres..., mejor dicho, creo que la mayoría de las mujeres se hubiesen vuelto locas con una cosa así.

Ella se inclinó pensativa.

—Sí —convino—, tienes razón. La mayor parte de las mujeres se volverían locas, pero yo no. Ahora me pregunto... —Se detuvo.

—¿El qué? —soltó él con cierta curiosidad.

—Estoy segura —prosiguió ella— de que el estadounidense llegará felizmente a su casa, pero luego...

—¿Qué es lo que piensas?

—Que quizá se lo regalará a alguna mujer —dijo Olga pensativa—, y me pregunto: ¿qué sucederá entonces?

Se levantó impaciente y fue hacia la ventana. De

pronto profirió una exclamación y llamó a su compañero.

—Mira, otra vez pasa el hombre del que te he hablado antes.

Ambos miraron hacia abajo. Un caballero delgado y elegante avanzaba con paso lento. Llevaba una capa y un sombrero de copa alta cubría su cabeza. Cuando pasó junto a un farol del alumbrado público, la luz iluminó un mechón de espesos cabellos blancos.